

fronte libertario

Madrid,
6 de julio
de 1937

Núm. 220

editado por el comité de defensa confederal :: región centro

Ante la proximidad del aniversario

Nuevas victorias del Ejército popular serán la mejor conmemoración que pueda hacerse de los triunfos de julio de 1936

Dentro de unos días hará un año que en España se ha entablado la lucha definitiva, la lucha a muerte, sin cuartel, entre la libertad y la opresión, entre la tiranía y la fraternidad, entre la guerra y la paz, entre la explotación y la vida clara. Dentro de unos días el pueblo español pensará emocionado en las jornadas en que se clavaron firmemente los primeros jaloneos de sus libertades y se empezaron a realizar sus reivindicaciones más anheladas. Y para esos días, el pueblo español, esa gran masa trabajadora y sufrida que durante meses y meses, en los parapetos y en las trincheras, en las fábricas y en los campos, en las ciudades, y hasta en la intimidad del hogar, sacudido por las explosiones, ha venido dando ejemplo al mundo entero de lo que pueden y de lo que valen las virtudes heroicas de los explotados, que celebrará la fiesta del primer aniversario de su liberación.

Para entonces hay que pensar en cuáles son los anhelos más íntimos de todos esos hombres callados que día a día han renovado su esfuerzo y su coraje, de todas esas mujeres que día a día han venido realizando, durante un año largo y doloroso cual ninguno, todo género de sacrificios, sufriendo en silencio toda clase de dificultades, para no empañar la moral combativa de sus padres, de sus compañeros, de sus hijos, de sus hermanos...

Para entonces habrá que honrar a las victorias tensas y exactas de los primeros días de la Revolución y de la guerra, cuando los hijos del pueblo corrían a pecho descubierto, casi sin armas, a tomar por asalto los reductos desde donde se defendían tenazmente los rebeldes, desde donde se hostilizaba, no sólo a los asaltantes, no sólo a los hombres que se lanzaban a la brecha, sino también a todos los humanos que en el fondo de su

conciencia sentían el rebullir y el rebrillar de los sinceros deseos de libertad y de paz.

Para entonces habrá que honrar a los miles de hermanos que han caído en aras de la libertad, disputando con sus cuerpos el terreno, palmo a palmo, primero a los marroquíes y legionarios, después a los invasores alemanes e italianos.

Y ese homenaje sólo debe y puede tener una manifestación cálida y exacta; ese aniversario sólo puede celebrarse dignamente de una única manera: con nuevas victorias, con nuevos triunfos, con nuevas conquistas de las tropas del pueblo que sirvan para demostrar a todo el mundo, a amigos y a enemigos, que las almas populares y trabajadoras siguen albergando en su seno los mismos anhelos y el mismo coraje con los que se guiaron en los días heroicos de julio de 1936.

El aniversario pide nuevos triunfos, nuevas victorias rotundas y exactas, que, calando hondo en la moral y en los efectivos de los invasores, hagan que no se convierta en estéril la sangre derramada por tantos héroes, por tantos mártires.

Y el Ejército del pueblo está firmemente decidido a hacer honor a su origen popular y a demostrar que la experiencia de doce largos meses de lucha y de dolores, de esperanzas y de alegrías, han servido para darle esa fibra voluntariosa y digna sobre la que se asientan los triunfos en la guerra y contra la que no encuentran los invasores arma ninguna que oponer. Porque no en balde les falta a ellos, les falta a sus tropas, ese ánimo voluntarioso y sereno sobre el cual se levanta siempre la victoria en la guerra, el triunfo en las batallas.

El aniversario de la primera conquista debe celebrarse con nuevas victorias en todos los frentes. Sólo así se ren-

rá el debido homenaje al pueblo que ha sabido sacrificar sus vidas y sus desvelos a la libertad de las generaciones futuras.

La decena del fraile

No se sabe nunca demasiado en este pánico mundo. Cuando uno se cree más seguro de que trata con amigos y de que las palabras son juramentos, resulta que, al más leve descuido, te sorprende un inesperado aumento en la familia, con los consiguientes malhumores y protestas a que el caso puede dar lugar.

Si no fuera porque la situación no se presta a comentarios humorísticos, sería cosa de tomar con jocunda filosofía los hechos, tal como se presentan, y pasarse la vida lo mejor posible. Pero no es este el caso.

Habíamos quedado, repetidas veces, en que la crisis del Consejo de la Generalidad se resolvería en una proporción armónica y equitativa entre la Esquerda, la C. N. T., el P. S. U. y la «Unión de Rabassaires». La expresión numérica de este acuerdo formaba una cadena de eslabones fáciles de recordar: 3-3-3-1.

Nada se dijo, en las distintas conversaciones previas, de un probable consejo sin cartera. Más bien—si nuestra memoria no nos es infiel—se dió palabra de que éste no sería nombrado. No obstante, por declaraciones aparecidas en la «Hoja Oficial», se supo que había el deseo de premiar con un puesto honorario a alguna de las personalidades más salientes del catalanismo. Se barajaron dos nombres, menos el del que ha sido agraciado. Y nosotros, oficialmente, seguíamos sin estar informados de ello.

Hasta que lo hemos visto en la lista del nuevo Consejo, como un apéndice que es a la vez una sorpresa y una incógnita.

Aunque nada tenemos que oponer particularmente a la persona del doctor Bosch Guimera, cuyos méritos profesionales somos los primeros en reconocer, nos extraña que haya sido incluido en la lista del nuevo Consejo, cuando ya los puestos estaban distribuidos.

No pretendemos tampoco hacer hincapié sobre el asunto. Mientras la Confederación Nacional del Trabajo toma una decisión, nos dirigimos nuevamente a los compañeros en general y a todos los antifascistas, con quienes tendremos que colaborar en el futuro, para interesarlos que procuren mantenerse firmes en los acuerdos tomados, pues sólo con una actuación recta y leal podremos seguir adelante, siempre juntos, en el camino que forzosamente se nos ha marcado.

Con sorpresas y con zancadillas no se va a ninguna parte, y menos con la política de proteccionismos personales, que no es la que hace falta en estos tiempos en que la masa lo es todo.

Por lo que a la C. N. T. corresponde, sabremos cumplir con nuestro deber lo más acertadamente posible. Y para ello contamos con que nuestros compañeros responsables se han de presentar en todas las ocasiones con la claridad y la verdad de que venimos dando repetidas pruebas, a fin de tener siempre el derecho de crítica sobre quienes no se han comportado como de sus promesas se esperaba. Y si de la informalidad de quienes se titulan amigos se desprende algún hecho que pueda enfriar las cordiales relaciones entabladas, no se nos culpe a nosotros, que hemos llegado al límite de las concesiones, por nuestro deseo de establecer una estable concordia entre los sectores antifascistas, que sea la base del levantamiento del país para una pronta y definitiva acción contra los ejércitos invasores.

De los medios internacionales

Todavía no es demasiado tarde para que los países democráticos adopten una actitud digna que salve su prestigio ante la historia, y a sus hijos del yugo fascista

En los medios internacionales, después de tanto tiempo de vacilaciones y de miedos, cuando en múltiples ocasiones se ha disfrazado la cobardía bajo la capa de una falsa imparcialidad y se han aprovechado todas las ocasiones para doblegarse ante las pretensiones desmedidas de Alemania y de Italia, parece que se ha operado una reacción que tienda a frenar los ímpetus de esos países.

Si Francia e Inglaterra se decidieran finalmente a adoptar la actitud que por su historia y por su propia conveniencia les corresponde, todavía sería tiempo para que su nombre no pasara a la Historia de la Humanidad envuelto en el desprecio que todos los hombres sienten hacia los países poderosos que, por cobardía, contemplan impávidos cómo la plutocracia y la reacción internacional se ceban ahincadamente contra un pueblo que sólo lucha por su libertad y por el futuro de paz y bienestar de todos los hombres que nacieron en su seno. Si Francia e Inglaterra se decidieran a enfrentarse claramente con las desmedidas pretensiones intervencionistas—claramente intervencionistas—de las potencias fascistas, todavía podrían salvar su propio régimen democrático, sus propias libertades.

Pero esta decisión ha de ser rápida y segura; se está llegando al límite máximo en el cual todavía los esfuerzos pueden no ser baldíos. De otra manera, pudiera suceder que ya su intervención fuese posterior al afianzamiento de Italia y Alemania en posiciones de las cuales sería muy difícil desalojarlas y desde donde podrían servir poderosa, íntegramente, a sus deseos absorcionistas y de dominación imperialista. Piénsenlo bien todos los pue-

blos del mundo que aman la libertad: en la lucha española no se ventila únicamente el porvenir propio de España, sino el porvenir del mundo entero, el futuro de libertad o de opresión de toda la Humanidad derramada por sobre la faz de la tierra.

El descaro de Italia y Alemania han superado todos los límites imaginables; y a las actitudes hipócritas, que niegan con la boca lo que dan a manos llenas por todos los medios a su alcance, han sucedido ya las posiciones abiertamente intervencionistas para, de una manera descarada, a la luz del día, facilitar a los rebeldes todo cuanto necesitan; para entablar, sin declararla, una verdadera guerra abierta contra los hombres del pueblo español. Esto ha sido demasiado y ha hecho que las otras dos potencias de la Europa occidental, acuciadas por la voz sensata de Rusia, se decidan a poner un valladar a las desmedidas ambiciones de los que han puesto en Iberia sus ojos, para convertirla en campo de experimentación propicio a todas las campañas.

Aún es tiempo; todavía no es demasiado tarde para que los países democráticos adopten una actitud digna que salve su prestigio ante la Historia y a todos los hombres del mundo de la amenaza inminente de verse sometidos a la más dura de las tiranías. Pero los momentos son decisivos y se imponen las actuaciones rápidas y eficaces. De lo contrario, Francia e Inglaterra habrían perdido para siempre su categoría de países sensatos y al mismo tiempo se habría esfumado el porvenir de paz a que aspiran los países europeos que velan por el cumplimiento de la misión que la civilización les ha encomendado.

Aislados, actuando cada uno según sus propias inspiraciones, seréis impotentes; unidos, organizando vuestras fuerzas, por escasas que éstas sean en principio, en una sola acción colectiva, inspirada en el mismo pensamiento, tendiendo al mismo fin, basada en la misma posición, seréis invencibles.

EL MIEDO A LA REVOLUCION

Por todas partes se aprecian síntomas, señales inequívocas del miedo; el pánico, el terror se ha apoderado de los nuevos rectores de la cosa pública, de los «defensores» de los trabajadores, al ver en peligro los intereses de los mismos.

Los coches corren raudos en busca de la solución para el problema. Toda distancia se hace corta. Madrid-Valencia, Valencia-Madrid (más Madrid-Valencia, por si acaso); Valencia, París, Londres, Moscú, Ginebra; también Berlín, Roma y Burgos. Los nervios tensos, el telégrafo, el teléfono, la radio, etc.; todo al servicio de la causa del proletariado español. ¡Diligentes que son los muchachos!

No es solamente en España donde los «más y los mejores», lo más saliente y conspicuo, la flor y nata de la política española anda estos días de cabeza, como suele decirse, ante los acontecimientos internacionales. Todo el mundo se ha puesto en pie. Todos los rabanones se han reunido a orillas del Lago Lehmann y junto a la ribera del Támesis. Hay que justificar los millones que cuesta a cada país el sostenimiento de esos armatostes, aunque no desempeñen más papel que el que siempre desempeñaron los «padres de almas» con los sacramentos: dar la puntilla, acelerarle la muerte al desgraciado que caía en sus manos.

Pero, ¿acaso este nervosismo de dentro y de fuera, esta diligencia no acostumbrada, responde a un deseo sentido de terminar con la guerra? Lo negamos rotundamente.

Cuando creísteis que el pueblo español perdía la guerra, os reunisteis para cantar el «Te Deum» unos, buscásteis donde refugiarse otros, abandonándole todos a su propia suerte.

Hoy, cuando veis que han fallado vuestros vaticinios, cuando veis que el pueblo español se ha encontrado a sí mismo, cuando veis que los trabajadores tienen una personalidad que siempre le negásteis, cuando veis que éstos se disponen a regir sus propios destinos, no os reunís, farsantes,

El hombre virtuoso no manda, no obedece. La autoridad, peste desoladora, ensucia todo lo que toca, y la obediencia, flagelo del genio, de la virtud, de la libertad, de la verdad, hace de los hombres unos esclavos y del organismo humano una máquina, un autó-mata.

para estudiar el medio de acabar con la guerra, sino el de urdir una conjura contra la Revolución, contra la conquista de nuestras libertades. No es ésta la primera y quizás tampoco la última.

No nos extraña esta actitud. En cierto modo está justificada. Sois capitalistas, nosotros trabajadores. Los intereses no pueden ser más antagónicos.

Lo que nos produce rabia y enojo es que aquellos que se pasaron la vida diciendo que eran revolucionarios y se fingieron nuestros amigos, son los más interesados, si no en perder la guerra, si en yugular la Revolución.

Pero no os apuréis, que para destrozar nuestro magnífico movimiento ha de costaros mucho trabajo. Para esto habéis de rasgaros antes el antifaz, dar la cara y presentaros ante los trabajadores y ante la Historia como quien sois; contra tirios y troyanos los trabajadores españoles tienen bien templado el acero de sus armas.

Como campo de experimentación elegisteis el pueblo abisinio, a quien, en fin de cuentas, ha de tocarle pagar los vidrios rotos, si no nos dormimos nosotros, que no es nada probable, en cuyo caso no nos tocaría a los dos.

Vuestras intenciones están bien claras por más que las queráis ocultar.

Y el heroico pueblo español, grandioso y magnífico pueblo, los hijos de Sagunto y Numancia, los descendientes de los que supieron derrotar y hacer morder el polvo a los ejércitos de Napoleón, están ya cansados de tanta monserga y baja maniobra. Está luchando por su independencia y su libertad y de nada han de servirlos las intrigas y maquinaciones, a pesar de ser apoyadas y alimentadas por quien se esfuerza en aparentar ser amigo nuestro y en la sombra, al amparo de la oscuridad, pretende asestarnos una puñalada tramera. No solamente existen en el exterior, también los hay dentro de casa. Los que pretenden dar vida nuevamente a la Iglesia, al clero, principal responsable de cuanto nos está sucediendo, dan buena prueba de esto.

Unos y otros, respondéis a un deseo sentido de yugular la Revolución, porque os veis desplazados de los altos sitios de mandos y perdida la hegemonía que tenéis sobre los esclavos.

Este y no otro es el motivo de vuestro malestar y nervosismo. Pero, oidlo bien, vuestro miedo a la Revolución no justifica ni dará motivo para que los trabajadores revolucionarios españoles, vejados y escarnecidos durante milenios y milenios, arrastrados por último a una lucha criminal, hagan las paces ni se den la mano con su enemigo irreconciliable. Antes mil veces la muerte.

Ha llegado la hora de saldar cuentas y esto se realizará, por más que le pese a muchos bribones con corbata más o menos roja.

La voz de la verdad

Toda guerra es regresión bárbara a la bestialidad primitiva; es fraticidio horrendo que sangra entre odios malvados e implacables; la guerra es crueldad, devastación, ruina; es fraude macabro que irresponsables augustos y ladrones matriculados atizan por libidinoso deseo de imperio, por ansia de ganancias, para aventar los unos sobre los otros a los esclavos anhelantes bajo la misma cruz, durante los siglos; desangrarlos las venas de audacia y de fe y volverlos a empujar bajo el yugo. En el nombre de la patria, que os ahoga bajo castigos, tributos y hambre; en el nombre de la bandera, que en la celosa custodia de los más inicuos, de los más absurdos privilegios consagra la impunidad de los bandidos y condena a los robados a todas las humillaciones, a todas las angustias, a todas las vergüenzas.



Un hombre adula al pueblo. Promete servirle. Llega al poder, se cree pedirá la distribución de los bienes. Absolutamente nada de eso. Comprará bienes y se asociará con los tiranos para dividirse al pueblo.

Carta abierta

A todos nuestros amigos y simpatizantes: Salud.

Siendo innumerables las cartas que recibimos, en las que se nos piden detalles sobre esta Asociación y condiciones de ingreso en la misma, y ante la imposibilidad de contestar particularmente a cada uno, como sería nuestro deseo, lo hacemos con la presente, agradeciéndoles a todos las muestras de afectos de que nos hacen objeto.

Esta Asociación de «Los Amigos de Méjico» ha sido fundada con el exclusivo objeto de demostrar de alguna manera nuestra gratitud al pueblo hermano que tan hermoso ejemplo de solidaridad nos ha dado con motivo de la cruel lucha que sostenemos.

Las condiciones para ingresar

Talleres Socializados del S. U. I. G.

Cuenca - Cañete Bronchales

Frente de la 42 División
Brigada 61

II

Satisfechos, muy y satisfechos hemos salido por la ausencia de propaganda política en la capital que tanto mancillaron y tanto saquearon las fuerzas napoleónicas en 1808-1810. Pero no, ahora no será saqueada ni por las fuerzas de Hitler ni por las de Mussolini. Y no la saquearán y no la mancillarán porque, protegiéndola, hay una faja de fusiles, de ametralladoras, de morteros y de cañones que sembrará el terror y la muerte en cuantos mercenarios pidan paso por el sector que corresponde a la 42 División, integrada por rojinegros que prefieren la muerte, que darán la vida, pero de los que el enemigo no verá la espalda.

La carretera es tortuosa y no buena. A la derecha un pequeño mar, una laguna por la que no navegarán jamás las naves de la ilusión de los Franco y de sus cómplices. Un águila evoluciona sobre el pequeño mar castigando los patos. El motor embravecido sigue y sigue. Nuestro compañero continúa ciñendo su cuerpo en dirección a la curva. Y... ¡Cañete!

Cañete es pequeño. En la parte occidental de la población, protegiéndola, una colina rocosa, y sobre ésta el Castillo de Alba de Luna, ya deshecho. Al norte, protegido por buenas cordilleras de cierta altura. Las casas pequeñas y sucias. En la plaza la iglesia cerrada. Tabique por medio la U. G. T. ¡Compañeros! Os habéis equivocado. Vosotros no estáis, no podéis estar al lado de la iglesia. Sois demasiado honrados para estarlo. Marchad. Dejad esa

casa. Cierta partido la necesita para instalar en ella al sacerdote que piensa traerlos. Enfrente de la iglesia, en la fila de casas que terminan el cuadrilátero de la plaza, los sindicatos de la C. N. T. En un balcón una bandera rojinegra. Es la bandera de combate en la guerra que esta Organización tiene declarada a la Iglesia.

Apretones de mano. Abrazos cariñosos y camino de Bronchales. Varios han sido los pueblos por que hemos pasado, pero el deseo de ponernos en contacto con los compañeros de la Brigada 61, nos lleva a Bronchales, en el que ésta tiene sus posiciones.

Bronchales es la avanzadilla más audaz de todo el sector. Y Bronchales es codiciado por los facciosos, que, acostumbrados a la buena vida, no quieren soltar la pinada verdaderamente deliciosa que por Este y Sur circunda el pueblo. Pero por Bronchales no pasarán ya. En Bronchales no pondrá sus plantas un mercenario de Hitler, de Franco o de Italia. Y no las pondrá, porque Bronchales está protegido por un cinturón de fusiles, de ametralladoras, de bombas y de hombres que lo hacen inexpugnable. Los hombres que viven con sus ideas, los hombres que viven para sus ideas y que templaron el acero de sus ideas en la lucha contra el capital. Hombres, sin hogar y sin familia muchos de ellos, porque el hogar se lo deshizo la bestia fascista y la familia la deshonró, la mancilló, la escarneció o fué muerta por las hordas salvajes que acaudilla la inversión en marcha, la traición hecha religión o el asesinato hecho norma. ¡Ah, esos no pueden ser vencidos! Y no pueden serlo porque, sin libertad, sin hogar, sin familia, y lo que es peor, sin ideas que eleven el mundo, que superen la Humanidad y que hagan un mundo grande y una Humanidad fuerte, no, no podrían vivir, no querrían vivir. ¡A la pelea, a la pelea! A conquistar el triunfo, a merecer el triunfo. A dar la muerte o, a buscar la muerte.

Por eso, sólo por eso llevan al cuello el pañuelo rojinegro que ha de servirles de bandera en el combate o de sudario después de caídos. Pero no, ¡no caerán!, la España nueva y el mundo joven los necesita para liberarse de la opresión.

Y así nos lo han dicho en Bronchales, en las trincheras y fortines de Bronchales, los hombres de la F. A. I., los hombres de la C. N. T. No, no caeremos. Y decid a España, decid a los que quedan de los nuestros, decid a nuestra F. A. I., a nuestra C. N. T., decid a la Humanidad toda y decíselo muy alto, que por ellas y sólo por ellas lo damos todo.

¡¡¡Trabajadores!!!
leed todas las mañanas
“Castilla Libre”